

**Apuntes de la Asamblea de profesores de Comunión y Liberación de Lombardía
con Julián Carrón
por videoconexión, 20 de noviembre de 2020**

Francesco Barberis. Buenas noches a todos y gracias a Julián por aceptar enseguida nuestra invitación. Lo que estamos viviendo –con la pandemia, los colegios cerrados, las clases online, la imposibilidad de encontrarse personalmente– es un tiempo especial, lleno de desafíos y dificultades, pero también de sorpresas inesperadas. Sentimos como un gran regalo el hecho de poder estar aquí contigo, Julián, porque tu presencia nos recuerda que la paternidad es un acto presente, que se nos ofrece ahora. De ahí nace toda mi gratitud.

Francesca Zanelli. Ni siquiera ahora el misterio nos impide la posibilidad de relacionarnos con Él, de hecho lo favorece aún más porque nos hace vivir una circunstancia que no hemos deseado, no hemos buscado, ante la cual podemos preguntarnos: ¿pero qué novedad podemos descubrir aun en el confinamiento y las clases online? Cada uno de nosotros, cuando ha estado disponible, ha podido reconocer en su propia vida hechos, personas y relaciones persuasivas que esta noche queremos mirar y juzgar con la ayuda de Julián. También queremos ayudarnos a mirar todas las preguntas que han surgido, que la realidad de este comienzo de curso ha suscitado en nosotros y en los alumnos. Leo el orden del día: «Durante este tiempo, también a la luz de la Jornada de apertura de curso propuesta a todo el movimiento y a los bachilleres, ¿qué nos ayuda a vivir lo cotidiano, qué nos permite estar delante de los alumnos? ¿Qué puede suscitar en ellos el deseo de vivir?». »

Muchas veces, en momentos como este, cuando entre nosotros encontramos adultos que nos cuentan su experiencia con los bachilleres, me cuesta un poco porque no me parece que se exprese cuál es la propuesta única y original de una experiencia como la nuestra. Intento explicarlo mejor. Creo que muchas veces nos contamos muchos hechos bonitos pero que tranquilamente habrían podido suceder también sin la experiencia de bachilleres, solo en virtud del camino que cada uno hace personalmente en su propia vida y vocación. Sin duda, es fundamental que este camino se dé dentro de la relación con el movimiento, pero tengo la impresión de que nos paramos ahí, sin entrar concretamente en la propuesta que ofrece este lugar. Está muy bien el momento de la clase, lo que sucede con unos alumnos más que con otros, pero lo que veo es que la mayor sorpresa es volver a darse cuenta, dentro de la fatiga, de la lucha diaria, de que hay rostros que inexplicablemente vuelven a ser esa carne, ese Dios encarnado del que también hablaba Azurmendi; pero yo me pierdo si no hay un lugar que me ofrezca la posibilidad de hacer un trabajo y una compañía para estar delante de lo que sucede en mi vida. Sin un lugar así, sin reconocer y poner delante de todos la verdad de este lugar –no mi verdad sin más, sino mi verdad en relación con este lugar–, no podría hacer lo que hago cada día dando clase y estando con los bachilleres. Sería profundamente desleal, conmigo y con los chavales, porque solo les estaría proponiendo un afecto o un consuelo momentáneo. Por eso quería preguntarte si puedes ayudarme a entender cómo nos podemos ayudar a compartir y llevar adelante juntos el camino de los bachilleres. Gracias.

Julián Carrón. Dejemos abierta esta cuestión, y no porque no quiera responder sino porque es una pregunta que creo que afecta a todos. ¿Cómo vivimos este momento juntos? Prefiero que empecéis a responder vosotros, viendo lo que emerge de la experiencia que vivimos, para que este encuentro no sea una “lección” mía sino la puesta en común de una experiencia, porque lo que acabamos de oír me parece fundamental. ¿Alguien puede decir algo?

En este tiempo evidentemente complicado para nosotros, sobre todo para los bachilleres, están sucediendo cosas bonitas. Veo puntos de luz especialmente en los chicos más vinculados a nosotros y entre ellos. Podría enumerar varios hechos. Pero necesito ayuda porque para mí el clima general tiene una connotación diferente. Veo mucho sufrimiento a mi alrededor, sobre todo veo mucha

destrucción. Es muy fácil apagarse, especialmente por parte de los chicos –no solo los bachilleres sino mis alumnos en general–, hay mucha soledad que lleva a una cerrazón grave (pura falta de apertura) y también a mucho sufrimiento. Pienso en muchas chicas que están cayendo en la anorexia, chicos que viven en familias desestructuradas, graves dificultades y duelos que están causando mucho daño a gente que conozco. Todo eso también me hace daño a mí, sinceramente, más aún por la impotencia que en un momento como este se centuplica. Si quiero ser totalmente leal, no puedo decir que me sienta abandonada, nunca me he sentido abandonada en mi vida, ni en los momentos de mayor dificultad, incluso cuando he estado sola estaba siempre en relación. Sobre lo que decía la primera intervención, me doy cuenta de que es verdaderamente vital tener un lugar que haga una propuesta y me parece que hoy eso es difícil, no tanto para mí, que tengo la fortuna de estar en un contexto como este, sino para mucha gente que conozco y a la que es difícil llegar. Por eso me gustaría pedir ayuda.

Carrón. Cuando hablas de gente que conoces, ¿a quién te refieres? ¿A compañeros, alumnos, al contexto educativo en general? Solo te lo pregunto por entender.

Pienso sobre todo en muchos chavales que conozco. Ahora solo podemos llegar a ellos a través de la tecnología, que gracias a Dios existe, pero no me parece suficiente porque basta con apagar el teléfono un rato, no presentarse en clase, y eso luego les hace daño. Me preocupa y no sé cómo moverme.

Carrón. ¿Alguien más?

*A propósito de los hechos que planteabas, me está llamando mucho la atención la Escuela de comunidad en el punto del «antes no veía y ahora veo», que entre el antes y el después hay un hecho. Pensando también en lo que decía la primera intervención, lo que más me ayuda es tomar la iniciativa con otros adultos que están con bachilleres, estar con ellos, contarles lo que me pasa y preguntarles qué les pasa a ellos en sus Escuelas de comunidad con los chicos. Quería poner un ejemplo de lo que sucede cuando nos damos cuenta de estos hechos –que no son solo cosas bonitas– que nos cambian, porque cambian lo que somos. Un bachiller de mi Escuela de comunidad decía que cuando escuchó a Azurmendi hablando de los colegios del movimiento en España –donde se veía que la preocupación de los profesores no era tanto enseñar sino educar, y que educar así quería decir amar– sintió un contragolpe porque él había ido a un colegio del movimiento y no se había sentido amado, de hecho se sintió maltratado y se fue a la escuela pública durante los últimos años del liceo. Después de escuchar a Azurmendi, tuvo que ponerse en cuarentena durante dos semanas sin ir a clase y quiso ver qué decía el movimiento sobre la educación, así que se puso a leer *Educación es un riesgo* porque su padre lo tenía en casa y porque había visto a los profesores del colegio del movimiento leyendo mucho este libro. En resumen, sentía curiosidad. Leyó el libro y dijo que había sido un descubrimiento: «La cuestión es que yo pensaba que ser amado quería decir hacer lo que me gusta, pero don Giussani dice que educar es introducir en la realidad. Aquel colegio me enseñó a amar el conocimiento, no en el sentido de las diversas asignaturas sino en el sentido de la realidad, y por tanto es verdad lo que dice Azurmendi. Y eso me hace dar gracias por el colegio al que fui y donde crecí, y es extraño que esto suceda solo pocos meses antes de acabar mis estudios. Ahora me doy cuenta de qué quiere decir amar». Me impactó mucho porque ha sido ver exactamente un ejemplo de lo que decía Azurmendi: «antes no veía y ahora veo», un hecho que ha cambiado totalmente su historia y le ha permitido mirar de otra manera esa historia propia.*

Carrón. ¿Esto da algún inicio de respuesta?

Me gustaría contar dos hechos, uno sucedió en clase y otro con los bachilleres. Hace dos semanas vi un video de un octogenario simpatiquísimo que, como no podía ir a ver a su mujer al hospital, donde llevaba ingresada un mes, iba al patio del hospital, se sentaba bajo la ventana de su esposa y tocaba la armónica para ella durante una hora. Me impresionó mucho y me preguntaba por qué uno puede ser libre incluso en medio de tantas reglas, sin infringir ni una sola y por fidelidad a su amor, mostrando claramente el deseo de ir a ver a su mujer. Entonces pensé ponérselo a los chicos, que

tienen muy viva la pregunta sobre cómo ser libres cumpliendo las reglas y quedándose en casa. Se lo puse a una clase donde hay una alumna que reacciona negativamente a todo lo que les propongo. Al terminar de verlo, esta chica dijo: «Profe, ¡yo también quiero esto!». Dije: «¡Perfecto! Esa es justo la cuestión: lo que hemos visto es deseable». Me impresionó porque ella hizo la misma operación que yo, es decir, usó su corazón para juzgar el video. Esto era lo primero. Desde ese día, esta alumna ha empezado a estar muy disponible a todo lo que le digo, incluso a mis correcciones de su trabajo. Luego pensaba en la pregunta del orden del día de hoy: ¿qué puede suscitar en ellos el deseo de vivir, también desde el punto de vista cultural, que es lo que nosotros hacemos en clase? Cuando llegamos, en las cosas que hacemos, a esa comparación con el punto candente que llevamos dentro y se lo ofrecemos, les estamos permitiendo que ellos también hagan fácilmente esa comparación con el punto candente que también llevan dentro. Sobre la Escuela de comunidad, quería contar que el otro día me quedé con la boca abierta porque les puse los últimos minutos del video de Azurmendi y había tres chicas que no saben nada de la Iglesia ni del movimiento. Yo hacía preguntas del tipo: «¿Os parece una buena idea, cuando veis algo bueno, alguien que hace algo sorprendente, correspondiente, ir a buscarlo?». Me esperaba reacciones complicadas, pero me dijeron: «¡Pues claro, profe! ¡Vaya pregunta! Obviamente». Todos los pasos que nosotros hemos reconquistado en nuestra Escuela de comunidad para ellos, de hecho, eran sencillísimos. Me llamaba la atención y pensaba: «Me los están devolviendo». Para mí es muy sorprendente (y es una experiencia de estas últimas semanas) que la Escuela de comunidad con ellos es como si volviera a conquistar un paso de mi propio camino.

No sé si respondo a la pregunta sobre el “lugar” que se hacía al principio. Estos días han estado realmente llenos de hechos, también muy dolorosos. Trato de contar dos brevemente. Tengo en clase una alumna que ha suspendido y que todavía no he visto más que treinta segundos, cuando encendió la webcam porque propuse hacer una encuesta. De hecho, se conectaba como oyente y no podíamos preguntarle nada. Pero el otro día, durante una clase, no podía pasar sin preguntarle nada porque me parecía absurdo no implicarla, e intenté hacerle una pregunta, pero ella entró en una crisis total. Entonces le mandé un mail: «Perdóname por haber intentado llamarte, pero lo cierto es que tengo unas ganas locas de involucrarme contigo en esta aventura». Me respondió dándome las gracias: «No veo la hora de salir de esta situación». Hay otra alumna a la que conozco desde hace años y estos días me ha contado el malestar que siente con su familia porque no se siente comprendida. Entonces intenté escribir a sus padres dándoles las gracias porque es realmente espléndida y les conté algunas cosas que agradecía mucho de ella. Hoy me han respondido dándome también las gracias y diciendo que para ellos también era un regalo. Igual que lo que decía la intervención anterior, yo también veo muchas situaciones dolorosas pero cada vez intento menos quedarme al margen, es como si eso me empujara a conocer a estos chicos y a sus padres. Es lo que yo veo. Por otra parte –y esta es mi pregunta– me llama la atención que, cuando hablo con los bachilleres, parece que nunca sucede nada en su realidad, todo parece siempre plano, no hay preguntas o, como mucho, dicen que todo es complicado, que el colegio da asco y que no hay nada. A mí la realidad me hiere continuamente, para bien y para mal, pero muchas veces con los bachilleres, con los que no tengo la misma familiaridad que con mis alumnos, a los que veo muchas horas, me parece que tengo que reconquistarlo todo de nuevo cada vez que nos vemos, como si en cada Escuela de comunidad empezáramos de cero.

Carrón. *¿Y cómo te las arreglas entonces?*

Cómo me las arreglo... Estoy empezando a hacer lo mismo que con mis alumnos. Por una parte, no puedo ofrecerles más que lo que vivo, contarles lo que vivo y lo que me llama la atención. Por ejemplo, hoy le he dicho a una chica que vive cerca de mi casa: «He salido a hacer la compra, estoy prácticamente delante de tu casa, anda, baja un momento»; y hemos charlado un rato. A veces intento llamarles. Trato de ofrecerles lo que me sucede.

Mis chicos no están muertos en absoluto, de hecho son muy vivos y hoy han llovido las preguntas, como siempre.

Carrón. ¿Tus alumnos o los bachilleres? ¿A quién te refieres?

A los bachilleres, pero en muchos casos coinciden con mis alumnos, casi todos. Tengo una pregunta sobre lo que ha pasado hoy con ellos en la Escuela de comunidad. ¿Cómo no quedarse en lo sentimental? Porque a menudo parece que muchos de ellos expresan un malestar: «estoy triste», «me cuesta». ¿Cómo ayudarles a hacer un trabajo en este sentido? También es un problema mío, por eso hago la pregunta, porque muchas veces yo también tengo esa dificultad.

Carrón. ¿Veis? Me parece que esto es fundamental porque la primera dificultad la tenemos nosotros. Por eso al final nos sentimos mal, como decía antes una intervención, percibimos toda nuestra impotencia. En la Escuela de comunidad decía que la autoridad es el lugar donde la lucha por afirmar y verificar que Cristo es la respuesta a las exigencias del corazón es más límpida y más sencilla; y esta lucha se libra ante todo en nosotros mismos, no en los demás. Por eso no podemos comunicar nada si no participamos en esta lucha. De hecho, la vida no se nos ahorra, y no es que nosotros, como pensamos muchas veces, saquemos las respuestas de la chistera. No es automático y quien crea tener las respuestas, que las saque.

Por tanto, paradójicamente, esta situación es el primer don que tenemos, porque nos supera por todos lados. ¿Quién de nosotros no es sentimental al ver ciertas cosas? ¿Quién no se siente mal cuando no está a gusto? Todo lo que vemos en los chavales nos afecta en primer lugar a nosotros. Por eso, si uno no comprueba en su propia piel qué es lo que necesita para vivir de verdad, difícilmente tendrá algo que ofrecer a los chavales. Lo primero que podemos ofrecer –más allá del resultado y del tiempo que haga falta– es nuestro propio ser, como decía Pasolini: «Si alguien [...] te hubiese educado, no podría haberlo hecho más que con su ser, no con sus palabras» (P.P. Pasolini, *Lettere luterane*, Einaudi, Turín 1976, p. 44). No se educa con palabras, se educa con el ser, cuando nuestro ser ofrece una respuesta ante ellos, como decía la intervención anterior: aunque el otro no lo entienda todavía, estamos ofreciendo una respuesta. Como decía nuestra amiga que habló en la Escuela de comunidad del miércoles pasado. Durante años pensó que no estaba haciendo nada por su hijo porque él seguía metiéndose en líos –igual que nos pasa a nosotros, ¡al que no le pase que levante la mano! ¿Quién no decae? ¿Quién no participa del mismo drama que los chicos?–. Por eso digo que el verdadero problema somos nosotros. Comprendo perfectamente que si uno ve toda la destrucción de la que habláis, cómo se apagan los chavales, parece que todos nuestros intentos son un fracaso. Esto nos afecta, no podemos evitarlo, es imposible volver a empezar después de una jornada durísima como si no hubiéramos visto esa nada y esa destrucción. La cuestión es si entre la última hora de clase de hoy, con todo lo que ha pasado, con todas las heridas que hemos visto, y mañana por la mañana sucede algo que nos vuelva a poner en la pista, independientemente del éxito o no de nuestros intentos. Porque la verdadera lucha no se libra tanto por llegar a ver el resultado de lo que hacemos –eso sucederá cuando suceda, no está en nuestras manos– porque estamos interaccionando con la libertad de otro, no con un mecanismo como si fuera algo que producimos nosotros, máquinas o electrodomésticos. Estamos dialogando con el corazón de otro, con la libertad de otro, igual que Dios interactúa con nosotros, con nuestra libertad. Entonces, ¿qué significa para nosotros ver que en tantos chavales parece que nunca sucede nada? ¿Cómo nos desafía esto? ¿Y qué quiere decir, cuando tengamos éxito con ellos, que Jesús nos diga –como decía a sus discípulos–: «No estéis alegres por eso, estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo»? Ni siquiera cuando las cosas van bien, basta para afrontar el día siguiente. Entonces, lo primero que me parece útil es reconocer que los primeros en verse desafiados por esta situación somos nosotros. Por eso me gusta tanto –y así volvemos siempre a la cuestión– la afirmación de don Giussani que he elegido como título del librito sobre educación (J. Carrón, *Educación. Comunicación de uno mismo*, Huellas), porque siempre me ha llamado la atención que «la educación es la comunicación de uno mismo» (L. Giussani, «Viterbo 1977», en Id., *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, Sei, Turín 1995, p. 84). Podemos lograr explicarlo mejor o peor, tomar más iniciativas o menos, pero la verdadera cuestión es que la propuesta o la llevas impresa en la cara o no me interesa, ¿me explico? Porque en el libro

que ha leído el chico del que hablaba nuestra amiga, don Giussani subraya que la propuesta está encarnada en la autoridad del educador («La autoridad es la expresión concreta de la hipótesis de trabajo»; *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 76); si no, ¿de qué estamos hablando? La propuesta se ha encarnado y por tanto es ahí, en las circunstancias, donde debe hacerse presente. Si mientras afrontamos la aventura educativa no se genera mi yo, si no reconozco que el Misterio no me ahorra el desafío necesario para generarme en esta circunstancia, yo no podré hacer una propuesta a los chavales. La cuestión es si, en una situación como la que habéis descrito, puedes volver a dar clase mañana por la mañana con esa esperanza impresa en tu cara. Pero para llevarla en la cara, primero tienes que vivirla en tus entrañas. No puedes hacer teatro delante de los chicos, como una buena actriz, la propuesta debe nacer del fondo de tu ser. El teatro podemos hacerlo una o dos veces, podemos fingir y distraerlos, pero con el tiempo no se sostiene. ¡Menos mal que no se sostiene! Menos mal que no se sostiene porque de lo contrario ser profesor o educador sería como ser actor teatral. Menos mal que no se sostiene porque de lo contrario solo empezaríamos a vivir al terminar las clases (es decir, después de haber recitado nuestra parte), no mientras lo vivimos todo; solo empezaríamos a vivir, a crecer y a educarnos al terminar nuestro trabajo en clase. Pero no, tienes que empezar a vivir mientras das clase, de lo contrario el 99,9% del tiempo sería inútil. La circunstancia no es un obstáculo que superar para poder empezar a vivir, sino el camino para vivir, para aprender a vivir. La vida es vocación, es caminar hacia el destino a través de circunstancias que no elegimos nosotros, gracias a Dios. Si no fuera así, no podríamos comprender el alcance de la propuesta cristiana, aunque repitiéramos continuamente el “verbo”, el discurso, la palabra adecuada, y acabaríamos en la nada. Menos mal que el “verbo” no basta. Lo digo sinceramente. ¡Menos mal que el “verbo” no basta!

Francesco Barberis. Hay una persona a la que lamentablemente no le funciona el micrófono y por eso ha escrito: «Quería contar que, ante el gran malestar que suponen las clases online (soy profesor de formación profesional), he redescubierto la riqueza de nuestra historia. He invitado a mis compañeros al rezo matutino del *Angelus* y algunos han acogido esta invitación a empezar así la jornada juntos. Está cambiando hasta nuestra manera de mirarnos y acompañarnos. Yo misma entro en clase con el deseo de que los chavales que tengo delante se encuentren con lo que me ha sucedido y con lo que veo suceder continuamente entre algunos de ellos que siguen de una manera sencilla e increíble nuestra amistad. Su vida está floreciendo en medio de un tiempo tan complicado. Y he empezado a inventar de todo: comprobaciones en grupo, clases separadas, y me encuentro llena de deseo y libre del resultado».

Sobre todo las últimas cosas que decías, Julián, me han parecido preciosas porque describen muy bien al profesor que actúa como en un teatro, cada vez más hábil para salir del paso y dar discursos. Me ha sorprendido mucho...

Carrón. Sobre todo porque así acabamos en la nada más oscura, porque si eso nos bastara podríamos ahorrarnos el vivir.

Me ha pasado algo en realidad tan sencillo que resulta menos que banal, por debajo del nivel de la banalidad. En la última asamblea del CLE, la asamblea general, en la que participé –como otras veces– no de manera obvia sino bastante distante, no sé si Pigi o Francesco dijeron algo sobre ti o sobre algo que habías testimoniado de alguna manera sobre las asambleas en remoto. La esencia del discurso era esta: Carrón esta cuestión ni la tematiza. La asamblea acabó y en cierto modo no me quedé con nada de lo que se había dicho, pero los días siguientes –muchos, no sé cuántos– lo que habían dicho de ti “trabajó” en mí, permitiendo que se realizara lo que el movimiento llevaba meses proponiéndome, las palabras sobre las que nos invitamos a trabajar o los momentos de encuentro eran sustancialmente una forma, y todo lo que sucedía en clase dependía de mi talento y mis habilidades. La punzada de aquellas palabras me intrigaba porque me daba cuenta de que estaba totalmente determinado por algo que me parecía insuficiente: análisis, valoraciones, consideraciones justísimas sobre que la educación online no es educación. Por todo ello mi manera de encender la cámara y empezar las clases, que podían salir mejor o peor, estaba determinada por

la idea de que en cualquier caso estábamos viviendo una situación muy desafortunada. Me emocionó lo que decían de ti, me permitió volver a ponerme en marcha, en la pista. Así, retomando el libro Un brillo en los ojos, muchas cosas que había leído distraídamente y dándolas por descontado empezaron a tomar vida. Lo que más me emocionó es cuando, en el capítulo sobre la relación con el Padre, comentando el pasaje del Evangelio citado en La conveniencia humana de la fe: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio», tú dices: «¡Que no pierda nada! Jesús se refería a los apóstoles, a sus discípulos, pero podemos dilatar el sentido de esta afirmación. El Padre quiere que yo no pierda nada de lo que él me ha dado: cada momento, cada circunstancia de la vida, cada provocación, todo lo que me toca hacer» (J. Carrón, Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?, Huellas 2020, p. 114). Si antes mi manera de entrar en clase estaba determinada por la idea de que todo era inútil, con el tiempo estas palabras han empezado a convertirse en una nueva hipótesis. No han pasado cosas extraordinarias, solo darme cuenta de que sucedían y estaban sucediendo cosas que antes no notaba. Así se construye, incluso en estas circunstancias.

Carrón. Entonces, ¿suceden o no suceden?

Sucedan, suceden.

Carrón. ¿Solo de manera virtual?

No, no, suceden, suceden.

Carrón. ¿Habéis participado en la Escuela de comunidad del pasado miércoles? No me he encontrado en persona con ninguno de los que intervinieron, pero les invité uno a uno por el impacto que causó en mí leer cada una de sus contribuciones o escucharlas por Zoom. No he estado con Azurmendi después de ver su video (le he visto otras veces), solo propuse que todos lo viéramos en la Jornada de apertura de curso por el efecto que había causado en mí. Dos días antes de la Escuela de comunidad tuve un encuentro con Familias para la Acogida y pedí que redactaran una de las intervenciones para todos, porque al día siguiente no podía levantarme sin tenerlo ante mis ojos, sin contárselo a los que me encontraba. Del mismo modo, pedí a don Pino que repitiera lo que había dicho en la Diaconía de la Fraternidad unas semanas antes. Y así siempre, una intervención tras otra. Te aseguro que es justamente así. A mí no me interesa que nos equivoquemos –no me malentendáis, no estoy dando un sermón porque soy cura–, la cuestión es si nos dejamos corregir como tú te has dejado corregir por lo que sucede y por cómo sucede. Cuando hace quince años empezamos a hacer la Escuela de comunidad por videoconexión, había quien aseguraba que no podía ser una modalidad adecuada. Ahora todos la hacen así, hasta los que criticaban aquella opción. Insisto en que no me interesa la modalidad, porque el cristianismo se puede encontrar en un árbol, junto a un pozo, por el camino, en el templo, en un banquete o vaya usted a saber. ¡Dejemos de reducir el cristianismo al “templo” tal como lo imaginamos nosotros! El nombre, la forma del templo pueden cambiar, la forma de ciertos gestos, que antes se hacían de una cierta manera, puede cambiar. ¡Fijarse rígidamente en una determinada forma no es cristianismo! Porque desde el día de la Encarnación, el templo –la forma de la presencia de Dios– no coincide con algo sino con Alguien, con la persona misma de Jesús, con su cuerpo resucitado: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré». Esto tal vez lo sepamos por las clases de religión y la catequesis, como algo que ha quedado en nuestra memoria, pero la naturaleza del cristianismo solo se empieza a entender cuando entra en nuestras entrañas, y entonces nos liberamos de todas nuestras preocupaciones respecto a ciertas formas establecidas, empezando a disfrutar de cómo el Misterio sigue haciendo suceder el cristianismo de un modo absolutamente imprevisto. Comprendo el problema perfectamente, porque yo he sido el primero en tener que aprender. Como os he contado siempre, yo tuve que hacer este camino porque vivía en Madrid, Giussani estaba aquí en Milán y solo lo veía una vez al año y de lejos. Me hubiera encantado tener todas las conexiones que tenemos ahora a nuestro alcance, la web y todos los textos de manera inmediata, todo, todo, todo. Lo tenemos todo, pero nos falta todo, como se decía el miércoles en la Escuela de comunidad. Es en parte la cuestión de Van Thuan, la generación de un Van Thuan en cada uno de nosotros. Sea cual sea la circunstancia, aunque cambiaran continuamente a los guardias, el que entra en relación con él cambia. Punto final. ¡Nada que ver con vivir en lo virtual o en

Hiperurano! Seguimos haciendo observaciones justas pero abstractas porque no parten de los hechos. En cambio, en cuanto has empezado a mirar los hechos que sucedían, te has liberado de la ideología abstracta que tenías en la cabeza, como Azurmendi. Todos lo tenemos en la cabeza, no hay que escandalizarse por eso. Azurmendi estaba lleno de ideología, igual que yo antes de conocer el movimiento. No tengo ningún problema en reconocerlo, os lo he dicho desde el principio, nada más llegar a Italia. Lo que me salvó la vida fue aceptar aprender aquello que ya creía saber. Por eso no quiero enfadar a nadie, sencillamente digo que es posible caminar. No me importa cuánto tiempo haga falta para aprenderlo, aquí no quiero medir a nadie, eso no me interesa. Lo digo para cada uno de nosotros. Si uno está disponible, con el tiempo empieza a vivir la experiencia que tú describes, porque no hay sustancia sin forma. Antes tenías delante una cierta forma y no te tocaba, ¿por qué en un momento dado te toca? ¿Acaso porque ha dejado de ser virtual la manera de encontrarte con la gente? Sigue siendo virtual como antes, pero la cuestión es si estamos pegados a lo que sucede cuando nos vemos en esta modalidad a distancia. No es que ahora pueda suceder menos que si todos estuviéramos en persona –de lo contrario sería mejor cerrar la conexión e irnos todos a dormir–, eso no es verdad y por eso acepto esta manera de encontrarnos, ¿si no para qué íbamos a perder el tiempo vosotros y yo? Esto no quiere decir que, presencial o no presencial, todo sea igual. De hecho, decíais al principio que la distancia ha sacado a la luz algo que había antes y eso os hacía sufrir más. Ahora se ha amplificado todo, por eso es como si urgiera aún más la memoria de Cristo, de otra manera no sé cómo uno se las puede arreglar, cómo se puede volver a clase con la esperanza impresa en la cara después de una jornada de la que uno sale agotado, herido. Sin duda no se las arregla porque haga un entrenamiento mental.

Estoy muy agradecido a este año, a estas circunstancias, porque son para mí una ocasión de verificar lo que nos dijiste en el Meeting, que uno puede entrar en clase con miedo o con una esperanza. La primera hora de clase de este curso, la directora se conectó con todos los alumnos en un videomensaje que empezó diciendo: «Volvemos a empezar, ¿y qué es lo que nos caracteriza a todos los que estamos aquí? El miedo ante lo que va a comenzar». Este año estoy comprobando que no estoy con los chicos más que la hora de clase, pues desde el principio estamos dando clase online...

Carrón. Ese es el único realismo.

Desde el principio empezamos a dar clase online con la mitad de los alumnos, así que a muchos de las clases nuevas solo les veía una vez cada mucho tiempo. Otros años, los momentos más bonitos siempre se daban durante las pausas en la máquina de café, en las conversaciones, pero este año solo tenemos la hora de clase.

Carrón. ¡Estupendo! ¡Viva la libertad, amigos! ¡Por fin! No lo conseguiréis haciendo una réplica de lo que hacíais antes.

Lo que me llama la atención es que llevas tiempo diciéndonos que la clave es mirar y estar disponible para secundar lo que vemos. Si solo tengo la hora de clase, mi única posibilidad de encontrarme con ellos es en clase, y está empezando a darse en clase...

Carrón. Si en clase no sucede nada, ¿por qué debería ser interesante encontrarse después?

Hay una chica que pertenece a una familia católica y que no soporta el movimiento. Durante una tutoría, la madre, muy preocupada por una crisis que está atravesando, me dijo: «¿No puedes quedar con ella? ¿No puedes hablar con ella?». La chica me escribió un mail: «Profe, me llama la atención lo que nos dice en clase, me está suscitando muchas preguntas y me gustaría hablar con usted, ¿es posible?». Lo que me llama la atención es que estamos alejados, con conexiones virtuales, pero eso no impide la posibilidad de encontrarse.

Carrón. Te lo agradezco. Porque esta situación no solo la vivís vosotros. De hecho, cuando daba clase en un colegio de la diócesis de Madrid y luego en el seminario –no en una escuela pública ni en una situación especialmente complicada– no podía hacer nada, ninguna actividad, fuera del horario de clase, pues estaba en el punto de mira por ser de CL. Pero percibí aquello como mi gran ocasión para vencer el dualismo porque, si no pasaba todo por el momento de la clase, cualquier cosa que añadiera después sería como un sombrero puesto desde fuera. ¡Atención, esto no quiere decir que, si

se puede hacer algo, no se haga! No estoy diciendo que no haya que hacer nada más que dar la hora de clase. Solo digo que es ahí, en clase, donde te encuentras con todos, incluso con los que nunca te habrías podido encontrar con tus iniciativas extraescolares. Como esa chica, nunca habría acudido a ti si no la hubieras tenido en clase. Precisamente porque no lo ha elegido, se topa contigo y tiene que medirse con tu presencia, irreductible a su ideología anti-CL, y por eso has podido echarla una mano sin forzar su libertad ni la de su madre. Esto quiere decir que tú no puedes hacer nada de manera aséptica, es decir, sin ponerte en primera persona. El profesor aséptico, neutral, no existe más que en la imaginación de algunos. Tú estás ahí como un yo que vive, todo lo demás es una abstracción. Por la explicación de cualquier materia (no sé de qué das clase) pasa una mirada. Es lo que estamos viendo en la Escuela de comunidad: el conocimiento nuevo es una mirada. Ahora, dando clase, tú compruebas si tu mirada nace de un acontecimiento que te ha sucedido o de tus análisis según ciertos principios, es decir, un universal abstracto en vez de un acontecimiento. Lo que cambió a Azurmendi fue un programa de radio. Lo demás no habría sucedido, ni se habría interesado por el movimiento si no hubiera tenido ese primer impacto. Si, en vez de seguir escuchando en la radio algo que le llamaba la atención, hubiera cambiado de emisora, ¡todo se habría acabado ahí! No habrían entrado Javier, Macario ni todos los demás. No habría sucedido nada de lo que cuenta en el video y en el libro. Es como si Juan y Andrés no hubieran estado allí aquella tarde. Como si el ciego de nacimiento no hubiera estado en la esquina de la calle aquel día. ¡Es así! Es el método de Dios sorprendiéndonos. Como si no hubieras mirado a esa chica y a su madre como lo has hecho. Como quien celebra un Bautismo y se comporta como un funcionario en vez de favorecer un encuentro. No es diferente: uno va a trabajar, otro al Bautismo, otro a predicar, otro es guardia y otro prisionero como Van Thuan. No hay diferencia. Es como si esto nos condujera al núcleo. Esto es el cristianismo: toparse con una diferencia que puede pasar incluso por Zoom. No es que si no hubiera Zoom pasaría igualmente una diferencia. No pasaría nada, es decir, pasaría la nada. No lo digo como reproche sino para liberarnos. Darse cuenta de esto es precisamente una liberación de nuestros esquematismos, que nos desanimarían. Si por la mañana uno piensa: «Ahora no puedo hacer nada, es imposible en esta situación», entonces ya está derrotado antes incluso de entrar en Zoom, está derrotado antes de empezar, con la cabeza bloqueada. Y eso lo lleva impreso en la cara. Por tanto, ¿qué nos puede ofrecer esta situación para crecer? ¡No hay que quejarse! El Misterio podría haber encontrado otra modalidad, evitando el virus. Pero no nos lo ha ahorrado. Esto es lo más evidente, como decía Giussani: las circunstancias inevitables son las más claras –por eso es inútil quejarse–, no las hemos elegido nosotros; y estoy seguro de que nadie habría elegido esta modalidad a distancia para desarrollar su trabajo y encontrarse con los chicos.

Quería contar una cosa muy sencilla que me ha ayudado a entender mejor qué quiere decir que la educación es una comunicación de uno mismo. Doy clase online, abro el Classroom y veo que han entregado la tarea seis de veinticinco, bastante frustrante. Saludo a los chicos pero al ver esto digo: «Chavales, comprendo que en este momento tal vez querríais hacer otras cosas, dar vuestras clases presenciales, poder ir al colegio; a mí también me gustaría hacer otra cosa, me gustaría poder ir a clase en bicicleta». Mientras tanto veía que todos tenían una cara un poco deprimente, así que les dije: «Pero nosotros somos más que el estado de ánimo con que nos despertamos».

Carrón. ¡Perfecto!

Y añadí: «Pero a veces, para darnos cuenta de esto, es decir que somos más que eso, sencillamente tenemos que aceptar la realidad tal como es, y por tanto la clase online, así como la tarea de física». Ellos me miraban, parecían alegrarse bastante por lo que les estaba diciendo, pero me daba cuenta de que no había dado en el clavo. Entonces dije: «Chicos, no os estoy diciendo esto porque quiera que hagáis la tarea de física, no vais a morir por eso, viviréis igual de bien, os lo digo porque la realidad nunca me ha defraudado». Nada más decir esta frase vi que sus caras cambiaban. Me dieron las gracias y dimos la clase. Yo pensaba para mis adentros: «Después de esto, la próxima vez harán la tarea», pero entonces me frené y me dije: «¿Pero a mí qué me importa? Podrían no hacer la tarea, pero esto ya ha sucedido». Decir «La realidad nunca me ha defraudado» es que cada vez que he afrontado la realidad tal como era he descubierto algo de mí que me ha entusiasmado, he descubierto

cosas grandes. Testimoniar esto es lo que ha tocado su corazón, su punto candente, y ha cambiado su mirada. Cuando sucedía esto, me daba cuenta de la importancia del testigo y de la comunicación de uno mismo.

Carrón. Una pregunta: ¿esto puede quedarse al nivel del sentimiento?

No.

Carrón. ¡Perfecto!

Me he dado cuenta de que no era una cuestión sentimental, no había nada sentimental en ese momento, lo que generó en los chicos no fue una reacción sentimental.

Carrón. Pero les cambió la cara.

Les cambió la cara. Y aunque después no todos hicieron la tarea, me daba cuenta de que la educación es esta comunicación de uno mismo, que paradójicamente supone la posibilidad de que poco a poco vayan haciendo la tarea.

Carrón. Perfecto.

Muchas veces es como si pensara lo contrario: no hacen los deberes, así que... Pero esa vez me dije: no, no es así, ¿qué es lo que va antes? ¿Por qué no hacen los deberes? Aunque estén a mil millas, lo percibes todo unido. Cuando les pongo la tarea con este «así que...» dentro, a ellos se les queda lejísimos. Por eso me pregunto: si nunca me implico hasta este punto contigo, ¿cómo voy a esperar que hagas la tarea? Es evidente que es mi trabajo, yo deseo que hagan la tarea y que descubran la misma belleza que yo he descubierto, pero también me doy cuenta de que, aunque no hagan la tarea, ese hecho sucede igualmente y para ellos será igual que para mí. Tal vez hace falta que suceda millones de veces para que me cambie moralmente, no sé si me explico.

Carrón. Para que te cambie moralmente. El Misterio ha plantado en ellos una semilla, el tiempo necesario para que esa semilla florezca ya lo veremos. Pero tú –en primer lugar– has aprendido que ellos no se quedan reducidos al nivel sentimental, y que cuando se reducen al nivel sentimental es porque no encuentran a alguien que toque las fibras más íntimas de su ser. Los chicos no tienen la culpa de eso, y tal vez nosotros tampoco. Sucederá cuando suceda. La cuestión es por qué les dijiste esa frase, convencida de que ibas a tocar su punto candente. Porque era verdadera para ti, y por eso se la dijiste con convicción, independientemente de lo que hicieran luego, porque era verdadera al margen de cómo la recibieran. Eso te libera del resultado, del hecho de que hagan o no los deberes, porque lo que tú veías en sus caras era más de lo que podías medir al día siguiente. ¿Por qué? Porque no es una medida lo que marcará la diferencia, sino un acontecimiento que luego necesita el tiempo que haga falta, un inicio que abraza toda la trayectoria de la certeza, como dice la Escuela de comunidad. Y si les pasó así a los apóstoles, como dice continuamente el Evangelio –«y creyeron en Él», «y creyeron en Él», «y creyeron en Él»–, ¿cuántas veces tendrá que suceder para que tome cuerpo en ellos, igual que en ti? Para que no te desanimes, bastará con que seas consciente de ti misma y les mires siempre con la misma mirada con que otro te miró a ti cuando no eras capaz, cuando te ibas quejando porque no podías, y el otro volvía a mirarte de nuevo como tú los has mirado a ellos. Ya ha sucedido todo en el cambio inicial, cuando pronunciamos el mítico «¡eureka!». Ha comenzado un conocimiento nuevo porque ha sucedido algo, se ve en la cara. Y no ha sucedido si no lo veo en su cara. «¿Lo habéis entendido?», preguntaba a mis alumnos después de clase. «Sí», respondían. Y yo les decía: «No, no lo habéis entendido, se ve en vuestra cara que no lo habéis entendido». Si uno entiende se le ve en la cara, igual que lo has visto en tus alumnos. No es que luego tengas que medir cada vez que no lo veas, ¡no volvamos al viejo *tran-tran* de la queja!

Por eso el trabajo más importante es esta manera de responder a la realidad porque, como decías, la realidad nunca defrauda. En este trabajo nos vemos introducidos constantemente por la realidad, sea la que sea. Has utilizado la palabra “implicarse”. Una presencia que se implica con lo que dice, así hablaba don Giussani de la autoridad, no como uno que habla a distancia desde su cátedra sino uno que se implica con lo que dice. ¡Tenemos una oportunidad estupenda, amigos! No he terminado de contaros mi experiencia dando clase en el seminario de Madrid. Me podían prohibir hablar con mis alumnos un milímetro fuera de clase, pero no podían impedir que al día siguiente en el comedor se hablara de la clase, ¡ahí todas las prohibiciones saltaban por los aires! No había situación en la que

no pudiera suceder. No lo digo por los demás, sino por nosotros, para no desanimarnos antes de entrar en clase. Tú has mirado a tus alumnos diciendo a cada uno de ellos: «Tú eres más que tu estado de ánimo». Esta es la convicción que tiene una persona consciente de sí misma, que no se reduce a su estado de ánimo. Y eso no es poco.

Gracias. Buen trabajo.

Barberis. Quiero despedirme de vosotros. Terminamos con una oración para encomendar a la Virgen la riqueza que hemos visto y la paternidad que hemos experimentado una vez más.

Memorare